

Entrevista a Verónica Murguía, escritora e ilustradora

“Bla bla bla”



**Eres ilustradora. ¿Cómo comenzaste a escribir?
¿Qué te impulsó a hacerlo?**

Alguna vez quise ser pintora –estudié parte de la carrera en la Escuela Nacional de Artes Plásticas, aquí en México– porque tengo cierta facilidad para dibujar. Pensaba, equivocadamente, que aunque la escritura y sobre todo la lectura eran lo que más me gustaba en el mundo, la pintura era mi vocación.

Pero no era así. Me gusta mucho el dibujo, pero más la escritura. Y cuando por fin me atreví a escribir, me costó más trabajo que el dibujo y que todas las otras cosas que he hecho (maestra de aerobics, vendedora de pan de plátano, secretaria, vendedora de grabados, locutora en la radio durante ocho años), pero me di cuenta de que ni modo, mi destino es escribir, aunque me resulta de lo más

difícil. Me parece muy arduo, pero la experiencia de la lectura es uno de los placeres de mi vida (leo voraz e indiscriminadamente) y la escritura se derivó más o menos naturalmente de eso. Y digo más o menos porque me resistía, empecé a escribir casi a escondidas –no le enseñaba nada a nadie– como a los veintiocho años y nunca he sido parte de un taller.

Hice estudios inconclusos de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras. Leer a ciertos autores como a Johan Huizinga o a Georges Duby me hizo ver con más claridad que el estudio del pasado y la escritura me permitirían formular algunas preguntas que me interesan mucho. Como dice con cierta acidez Javier Marías: “sólo en la ficción se puede vivir”. Yo en la ficción y en el pasado soy feliz. Mi trabajo como ilustradora es secundario, aunque me divierto como loca cuando ilustro.

¿Podrías hacer un breve recorrido por tus libros publicados?

Taté el mago y Clarisel la cuentera fue lo primero que escribí. Quería hacer una novelita para jóvenes en la que estuvieran presentes ciertos elementos míticos como la figura del chamán, el lenguaje mágico y los ritos (estaba leyendo *La rama dorada*, de Frazer). Ahora ese libro me parece muy vacilante y plagado de errores, pero la experiencia de escribirlo me permitió descubrir por dónde iba la cosa para mí. *Auliya*, mi primera novela, está situada como *El fuego verde*, en una Edad Media conjetural, pero en el desierto, en el Magreb árabe. Quise escribir *La noche mil dos* porque *Las mil y una noches* me abrió un universo que aun no se agota para mí, pero luego me enteré que existe una novela formidable que se titula así, de Roth. Leí *La noche mil dos*, me pareció buenísima y resignadamente le dejé a la mía el nombre de la protagonista. En ese libro quise hacer una exploración del legado árabe que hay en el español, de los centenares de palabras que heredamos de ellos, de la extraordinaria complejidad de esa cultura y de un paisaje tradicionalmente asociado con la revelación y el espíritu: el desierto. Mi segunda novela es *El fuego verde*. Igual, en el pasado, pero a diferencia

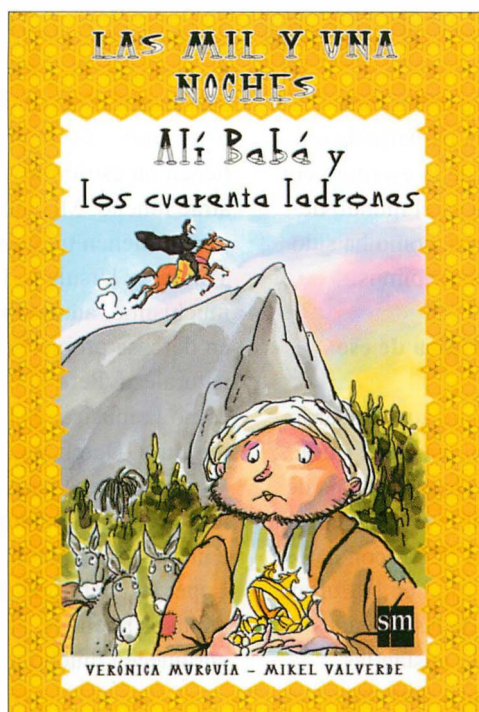
de *Auliya*, que es coja y despreciada desde su nacimiento, Luned es sana, fuerte y testaruda. Mientras escribía las novelas, hice varios libros para niños (*Rosendo*, *El guardián de los gatos*, *David y el armadillo*, *Mi monstruo Mandarin*) ilustrados por mí y me sirvieron de consuelo cuando me atoraba en la escritura de las novelas.

Centrándonos ya en *El fuego verde*, ¿por qué una autora mexicana escribe una novela con personajes y escenarios que remiten a la cultura celta?

No tengo una explicación muy clara. Creo que es a causa de mis lecturas: a los nueve años leí *Orlando furioso* en una colección ilustrada por Gustave Doré, y en esa misma colección estaban *Las Cruzadas* de Michaud, ilustradas por Doré también. Yo estaba muy chica, no entendía muy bien lo que leía, medio me hipnotizaban los grabados, medio leía, pero se me quedó grabada la idea de que en la Edad Media todo era posible: había caballeros que se iban a la luna y caballeros que se iban a la Cruzada. Saladino, el príncipe árabe –ahora sería iraquí– era mi héroe, más por supuesto que el pobre Orlando, tan colérico y arbitrario. Por supuesto ya conocía muchos cuentos, y como sabemos, ocurren en la Edad Media, *Blancanieves*, *Barbazul*,

Cenicienta, etcétera. La historia de las Cruzadas, como es tan alucinante, me pareció otro cuento, y el *Orlando* una historia que era un poco verdadera. Me seguí con la versión de Steinbeck de *Los caballeros de la mesa redonda* y, por supuesto, con *Ivanhoe*. Yo no entendía mis lecturas del todo, pero cada vez me gustaban más. Al entrar a la secundaria, me enteré de que esa época fabulosa que me gustaba tanto, en la que anduvo El Cid, en la que los santos se quedaban dieciocho años de pie sobre una columna y en la que los caballeros buscaban el Grial, tenía muy mala fama. Por rebeldía me volví

cada vez más aficionada a la literatura *medieval*. Leí a Dante (sólo el *Infierno*, por curiosidad adolescente), a Malory que me descubrió a Merlín, al “verdadero”, hijo de un demonio y una mujer que olvidó persignarse al irse a dormir, en oposición al insípido Merlín de Disney. Quiero mucho a

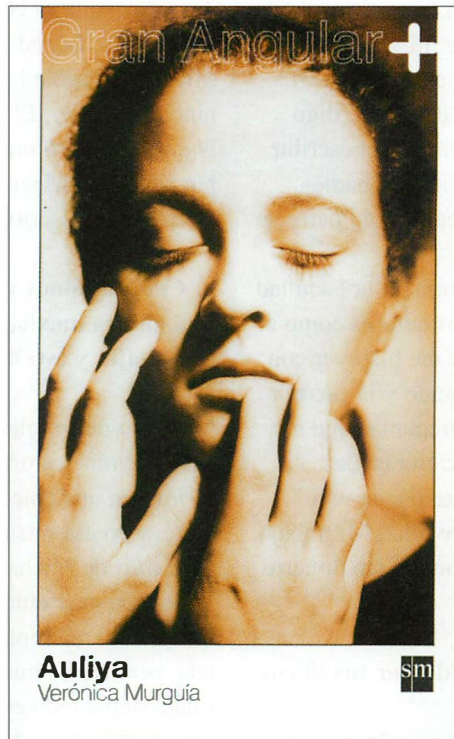


Boccaccio y a Chaucer, pues me permitieron escandalizar abiertamente a mis maestros sin que me regañaran, pues al fin y al cabo la alegre obscenidad de algunos cuentos era una obscenidad que ellos consideraron “cult”. Tuve una colección de postales de catedrales góticas y románicas; en la preparatoria me deslumbraron Santo Tomás y Guillermo de Occam. En la Universidad descubrí a DUBY. La verdad, me siento a mis anchas en algunas zonas de la Edad Media, me obsesionan la Peste Negra, la arquitectura, el Preste Juan, los Bestiarios, Bizancio. Por supuesto no me gustaría nada haber nacido entonces. Beowulf me fascina; es, para mí, el héroe más bondadoso, el rey más justo y menos matachín de toda la literatura épica *medieval* (¡sus enemigos son monstruos, no personas!). *El fuego verde* nació de esa fascinación y de una línea de *La tradición*

clásica, de Highet, que dice: “La palabra runa significa secreto. ¿Cuál no sería la barbarie de un pueblo que creía que la finalidad de la escritura era conservar secreta una cosa?”. Ese es el mundo de Luned y la escritura es su salvación, como ha sido algunas veces para todos los que escribimos.

¿Cómo fue el proceso de escritura de ese libro?

Fueron meses febriles en los que me acompañaron la *Historia de las literaturas germánicas* de Borges, la *Historia de Merlin*, *Beowulf* y algunos tomos de cuentos irlandeses. La investigación ya estaba hecha cuando comencé: tenía ya muchas fichas con datos acerca de los copistas, de la vida rural en la Europa septentrional, de la organización de las ciudades medievales en la Edad Oscura. Me gustan las mitologías germánica y escandinava. Fue muy rápido, al menos para mí, que soy lenta como una tortuga. Lo escribí en seis meses: un récord. Con *Auliya* tardé cuatro años, y llevo varios años ya con un libro de cuentos al que le quito y le pongo como Penélope al tejido. Escribir *El fuego verde* fue muy divertido, aunque por supuesto no faltaron los días delirantes en los que me revolví en la silla, me



“Leo poesía, me gusta muchísimo, aunque no podría escribir un poema ni en defensa propia, soy prosaica de oficio y por naturaleza”

frotaba los ojos y me preguntaba por qué estaba perdiendo el tiempo como una tonta, si Rulfo, el más grande de nuestros novelistas, había dejado de escribir en vida. Me paralizaban todas las dudas incómodas que asaltan al novelista inseguro como yo. Entonces me ponía a arreglar el clóset, que es lo que hago cuando estoy confundida. Por lo menos mis suéteres quedan en orden.

Tu novela tiene una calidad de lenguaje fuera de lo común en un libro contemporáneo para jóvenes lectores. Esa presencia de la poesía en tu narrativa, ¿responde a una intención deliberada?

Si es deliberada. Los aciertos, cualesquiera que haya en mis libros, son fruto del trabajo, yo corrijo, corrijo y corrijo. Mis primeras versiones son, me temo, muy malas. Entre mis escritores favoritos están

Marguerite Yourcenar, Marcel Schwob (*La cruzada de los niños* es un prodigio) y Jorge Luis Borges, tienen un estilo muy elegante y preciso que me atrae mucho. Mis autores favoritos de literatura juvenil tienen un gran estilo también, como Kipling, Tolkien y Úrsula K. Le Guin. Leo poesía, me gusta muchísimo, aunque no podría escribir un poema ni en defensa propia, soy prosaica de oficio y por naturaleza. Pero la poesía me da mucho, casi tanto como la música, es lo máximo. Saint John Perse es mi ídolo, Derek Walcott, Borges, Eliot, huy, Ash Wednesday me hace llorar hasta que me queda la nariz como un rábano. Me gustan los oxímoros como el “lince gentil, salamandra de nieve”, de Lope, las metáforas, las hipálages. Creo que los recursos poéticos, si se usan con exactitud, enriquecen mucho los textos en prosa.

¿Qué te permitió, en términos de discurso literario, un personaje protagónico femenino?

No pensé en eso al escribir el libro. Luned antes de ser una muchacha, era un muchacho que se llamaba Saulo, pero para que la relación con Denme tuviera más fuerza, decidí que fuera una joven que se enamorara de su maestro. Que Luned sea mujer me

permitió incorporarle con naturalidad una virtud de mi hermana Adriana, la pasión por el estudio, eso que vi en ella, cómo es y se comporta una muchacha fascinada por el saber. Ya en esas le añadí una virtud de Clara, mi mejor amiga, esa pasión por los animales que está llena de piedad, pero que los ve siempre como animales, no como personas. Y los personajes tienen casi todos algo de la gente con quien convivo. Denme tiene muchos rasgos de mi marido David; el Tristifer, cuando Luned le quita el hechizo y se convierte en el sabio que se supone que era, es mi amigo Juan Almela, un poeta español que vive aquí en México y que es un sabio de verdad.

¿Cómo se inserta tu obra en el panorama de la literatura infantil y juvenil de México?

En México ahora hay mucha gente que escribe para niños y jóvenes y lo hace muy bien, como Francisco Hinojosa, Norma Muñoz Ledo, Mónica Brozon o Federico Navarrete. *Auliya* tuvo mucha suerte con la crítica. *El fuego verde* no llamó mucho la atención, pero no le ha ido mal. Alfaguara va a publicar una novela para niños (*Los magos del parque*) y pronto, un libro ilustrado por Fabricio Van der Broeck que se titula *Hotel Monstruo*. Creo que apenas voy ganándome un lugar.

¿Qué autores han influido en tu producción? ¿Existen otras influencias de carácter extraliterario?

Yo deseo que haya en mi trabajo algo de Kipling, de quien soy una lectora devota y de Úrsula Le Guin, cuya "prosa sombría y serena" como dice de ella Harold Bloom, me gusta mucho. Y todo influye: el noticiero, los libros de Historia, la música, el cine, la pintura, mis traducciones (he traducido dos libros de un médico que escribe ensayos formidables, Francisco González-Crussi), las visitas al zoológico y las conversaciones con la gente que me rodea.

¿Qué elementos consideras deben estar presentes en una novela destinada al público juvenil?

Una buena historia bien contada y nada de condescendencia. Y es deseable que los finales sean alentadores, por más que sufra el protagonista; el cuarto libro de *Harry Potter* me parece un buen ejemplo, hay muerte, hay maldad y hay esperanza. A los lectores adolescentes les queda el resto de su vida para leer novelas maravillosas y tristísimas; creo que Úrsula Le Guin lo resume muy bien al afirmar que no podemos decirle a un lector de catorce años que la vida es cruel, caótica y ya. Yo

leí *El idiota*, de Dostoievski, a esa edad, y me entristeció muchísimo, lloré y lloré. Me enamoré de Dostoievski, pero fue un amor muy tempestuoso que a ratos me deprimió y me asustó (para alarma de mis padres, enmarqué su fotografía y la colgué sobre mi cama). Me hubiera gustado que en lugar de leer *Los hermanos Karamazov*, con todo y Aliosha, o *Los endemoniados*, un alma piadosa me hubiera dado a leer a Tolkien, a quien leí tarde, a los veinte años.

¿En qué proyecto literario trabajas actualmente?

En un libro de cuentos históricos, pero no es para niños ni para jóvenes. Por ejemplo, hay un cuento sobre un experimento de Federico II de Sicilia, quien en el siglo XIII quiso saber cómo era el idioma que se hablaba antes de Babel. Se le murieron unos niños de pecho, más de diez niños, y los cronistas medievales como Fra Salimbene sólo consignan el fracaso del experimento, pero no dicen nada sobre los pobres niños. En mi cuento quien narra todo este asunto es una de las nodrizas. Y regreso a Beowulf, quiero escribir una novela corta sobre la vejez. ☒

Verónica Murguía nació en México D.F., el 5 de noviembre de 1960. Cursó estudios incompletos de Artes Plásticas y de Historia. Es escritora e ilustradora. Ha trabajado como columnista en varias revistas. Actualmente colabora en el suplemento *La Jornada Semanal* del periódico *La Jornada*, donde escribe la columna "Las rayas de la selva". Ha escrito dos novelas y varios libros para niños. Imparte clases de literatura para niños y jóvenes en la escuela de la Sociedad General de Escritores de México. Es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte de su país. Vive en la colonia del Valle, en el Distrito Federal, con David Huerta, su marido.

Bibliografía

Auliya, México D.F.: CENCA, 1997 - Madrid: SM, 2003
El fuego verde: México D.F.: SM, 1999 (Col. Gran Angular)
Hotel Monstruo Bienvenidos. México D.F.: Alfaguara, 2002
El pollo Ramiro: México D.F.: Santillana, 2003

*Adaptaciones de *Las mil y una noches*:

Las babuchas de Abukassem. Madrid: SM, 2003
Ali Babá y los cuarenta ladrones. Madrid: SM, 2003
Las aceitunas de Ali Jocha. Madrid: SM, 2003
La noche de Shrezade. Madrid: SM; 2003
Aladino y la lámpara maravillosa. Madrid: SM, 2003

*Para adultos:

El ángel de Nicolás: México D.F.: ERA, 2003

Entrevista reproducida con autorización de:
www.cuatrogatos.org

Agradecemos a Carmen Palomino de la Editorial SM el envío de la fotografías de la autora y las portadas de los libros.

Sergio Andricáin